

razón Guillermo cuando aseguraba que sólo los chihuahuenses habían hecho salir de su paso á don Sebastián Lerdo de Tejada...

«Los que hemos venido aquí en esta época luctuosa no olvidaremos la memoria de Chihuahua cuando volvamos á los otros Estados de nuestra residencia. Haremos sinceros votos porque el Estado de Chihuahua prospere y se engrandezca cuanto merece el espíritu elevado de sus hijos y cuanto prometen los dones de su suelo. La justicia y la gratitud pondrán siempre en nuestros labios, que si por los elementos con que dotó la Providencia al Estado de Chihuahua no es inferior á ninguno otro de la República, todavía lo es más por el corazón, la inteligencia y el patriotismo de sus hijos, y ha merecido y merece contarse entre los primeros.»

Y concluyó:

«¡Honor á Chihuahua, que no ha omitido sacrificios para defender á la República contra el invasor que pretende dominarla!»

«¡Honor al Estado de Chihuahua, que no ha tenido en su seno hasta ahora ningún traidor á la patria; y que tendrá siempre la gloria que le dan sus virtudes, su ilustración y el ardiente patriotismo de sus hijos!»

«¡Brindo, señores, por el Estado de Chihuahua, libre y soberano entre los Estados de la República Mexicana!»

Brindó luego el licenciado Palacios por los que com-

batían defendiendo nuestra independencia, y el señor Urquidi por la familia del señor Juárez; el Presidente, conmovido, dió las gracias y tuvo palabras como éstas: «Yo aquí veo la patria, y ante ella protesto que todo sacrificio es nada, que el sacrificio de mi familia sería mucho para mí; pero que si es necesario sea... (y el cronista de la fiesta comenta así: «No le dejó concluir la emoción... No es para descrito este momento»).

El bellissimo discurso de Iglesias en favor de los pueblos oprimidos alcanzó tantos aplausos, una ovación tan calurosa, que parecía que el salón iba á venirse abajo con el estruendo y los gritos.

«¡Brindemos por el triunfo completo, definitivo, del derecho sobre la fuerza; porque Polonia quebrante el yugo de Rusia; porque la Hungría y la Italia quebranten el yugo de Austria; porque Santo Domingo reconquiste su independencia; porque México salve la suya de la invasión francesa, siendo este acontecimiento causa de la caída de Napoleón III! ¡Brindemos por la reivindicación de las nacionalidades; por la salvación y la autonomía de los pueblos oprimidos; porque llegue un día en que el sol no alumbre sobre la tierra sino naciones libres de todo dominio, de toda intervención extranjera, constituidas en República, caminando á pasos agigantados hacia el fin supremo de la perfectibilidad humana por el ancho camino de la libertad y del progreso!».

¡Qué aprobación tan espontánea y tan alta y tan merecida y tan hermosa! No hubo uno solo de los presentes que no convidara al orador á brindar en su compañía, que no le felicitara, que no quisiera celebrar la gloriosa alianza que se establecía entre nuestra causa y la causa de los demás oprimidos de la tierra, que cabalmente á la hora aquella quizás formulaban votos por la emancipación de México. Cuando la diana alegre y jacarandosa rompió los aires recordando las mañanitas de la mesa central, los alegres amaneceres del valle de México, los estruendosos regocijos populares de los barrios en que se trataba

no de regias beldades ni peregrinas,
sino de obreras pobres, de alegres chinas,

y cuando el cantor de los arrestos de la Migajita y de los desplantes de don Fadrique se echaba á llorar recordando su barrio de la Palma, su plazuela de Mixcalco, su México adorado, una voz gritó desde uno de los extremos de la mesa:

— ¡Bomba, don Guillermo Prieto!...

— ¡Silencio, dijo otra voz, silencio, que va á hablar el señor Prieto!

Y Guillermo, con las lágrimas en los ojos y la voz mojada en lágrimas, dijo una bellísima poesía en alabanza de la patria, en alabanza de los que combatían por

la tierra natal, en agradecimiento de los que les prestaban asilo y les daban protección y aliento y regocijos como el de aquel día. La lira de Guillermo, que sonó siempre en honra de esta tierra que él vió nacer con amor inmenso, desdichada y pobre, sin amigos y sin valedores, pero á la cual amó más precisamente por su abandono y por su desgracia, produjo ese día uno de los cantos más bellos y más entusiastas que entonó en su vida:

¡Oh, patria! ¡oh, patria! nombre sacrosanto,
Sangre del alma, esencia de mi vida,
Cuerda de arpa celeste estremecida
A los húmedos besos de mi llanto.
Patria, foco de sol. Núcleo divino
De cuanto ardiente el corazón adora,
Nuestro dosel de púrpura en la aurora,
Lámpara en tu lucero vespertino:
Ven, que yo soy el bardo de tus glorias
Ven, que soy el cantor de tus dolores:
¿Cuándo mi musa le negó sus flores
Jamás ni á tu aflicción ni á tus victorias?

.....
Gloria á los fuertes, gloria á los que llevan
En alto tu pendón ¡oh, patria mía!
Para ellos las caricias de la gloria,
En sus copas contento y ambrosía,
A su paso los lauros de los pueblos
Para sus pechos el amor de hermanos,
Sustento y agua y luz para sus huellas,
Bendigan su camino los ancianos,
Inúndenlo de flores nuestras bellas.

.....
Tú ¡oh, Chihuahua! la fuente de mil huertos

Que bullen en inmensas soledades;
 La gacela dormida en los desiertos
 Liza de bravos, ramo de beldades;
 Blanca garza que animas la llanura
 Junto á las aguas del alegre río,
 A ti la gratitud y la ternura
 En estas horas de dolor impío.
 Dormido está á tus plantas el desierto
 Como manso león, linda matrona,
 A ti se llega cual se llega al puerto,
 Alegra de tus montes la corona.

Ven, le dijiste á Juárez, ven y lucha;
 Ven y tu nombre, oh Juárez, eterniza;
 Ven, guardaré tu gloria, que ya guardo
 De Hidalgo y de los suyos la ceniza;
 Y cuando su urna el ancho firmamento
 Posa sobre las torres elevadas
 De la excelsa ciudad, finjo un momento
 Matrona al templo que ora al Ser divino
 Hincada y con las manos levantadas
 Mirando de sus huestes el camino.

Tú, Juárez, sólo á ti digno te creo
 De llevar á tu pecho la cabeza
 De Chihuahua inmortal, y con ternura
 Pintarle de los tuyos el deseo.
 En su seno remueva tu pujanza
 Y remueva tus votos en el día,
 Para que oiga de ti la patria mía:
 «¡Pueblos del Anahuac, fe y esperanza!»

Quemaba el ambiente; en todos los rostros se manifes-
 taban el goce, el odio, el rencor, el entusiasmo, el deseo
 de venganza, en ninguno la indiferencia. Muchas gentes
 se habían levantado de la mesa para trincar con Juárez
 ó con los otros oradores, para dirigir patrióticos brindis

á los caudillos, para proponer que se hiciera tal protesta,
 que se intentara tal recurso, que se inmortalizara de tal
 ó cual manera el recuerdo de aquel día de amor fraternal
 y de exaltado cariño á México.

Cuando los señores discutían con más brío y la música
 se hacía rajas acometiendo con varia fortuna ya la con-
 sabida diana, ya el himno nacional, ora los Cangrejos, ó
 bien la Paloma, ó quizás (*si paulo majora canamus*) el in-
 comparable duo de *Los Puritanos*, que en aquel tiempo
 volaba noble y alado llevando la esperanza y el odio á
 los tiranos á todos los pechos de los que en México solían
 pensar en cosas de patria y libertad; repentinamente,
 digo, se vió un caso inusitado y que causó asombro á
 muchos, á muchos dejó suspensos, á otros pareció mal y
 á los más se les figuró desacato que merecía castigo. Uno
 de los sujetos que se sentaban á la mesa (nunca se supo
 quién era) condujo hasta el asiento del Presidente — ¿á
 quién diréis? — nada menos que al sargento de la Guar-
 dia de Supremos Poderes que daba facción en la puerta
 de la casa donde tan alegremente se cantaba y se comía.
 El soldado, con el arma al brazo, la mano en el chacó
 para saludar á la concurrencia, y el ademán grave y res-
 petuoso, como si estuviera de antemano pidiendo perdón
 por su osadía, empuñó la copa que le dieron y la levantó
 para beber á la salud del Presidente de la República. Y
 entonces Juárez, el hombre impasible, el ídolo de basalto,

el silíceo, como le han llamado por allí, se sintió conmovido hasta lo hondo y abrazó al pobre sargento, le dijo una multitud de cosas que respiraban amor y patriotismo del alto, del desinteresado, del noble, no del barato y del que se halla al alcance de todas las fortunas, y entre



lágrimas y voces que le brotaban del corazón, repetía: «Con estos, con estos rostros atezados, con estas manos encallecidas, con estos pies que recorren sin parar toda la República, nos comprometemos á alcanzar la libertad de la patria, como conseguimos darle instituciones libres.» Y la concurrencia aplaudía, y la música secundaba el entusiasmo y todo el mundo se abrazaba y salía á abra-

zar á los soldados que se encontraban en el exterior de la casa, y parecía que aquello no iba á acabar nunca.

A las doce se retiró Juárez satisfecho y acompañado de muchísimos particulares y autoridades, y Guillermo, Brambila y otros de la corporación del mosquete prolongaron los brindis y las protestas y las dianas hasta la madrugada.

III

Serían las diez de la mañana de un sábado del más caluroso Agosto, cuando el señor Administrador de Correos llamó á su subordinado don José de Brambila, y luego de arrojar al suelo la colilla de cigarro que fumaba y de esperezarse dos ó tres veces quejándose del calor, que parecía el de la puerta del infierno, le dijo con cierta negligencia y como quien propone la cosa más natural del mundo:

—Pepito de mi alma, no cabe duda que tú eres un excelente muchacho, tan trabajador y tan decente como habrá pocos, y ya sé que si te ordeno cualquier cosa, por difícil que sea, la harás con la misma voluntad con que les dices piropos á las chicas que te encuentras al paso. Pero ahora tengo que proponerte algo que es de mayor riesgo y de responsabilidad más grande que todo cuanto pudiera encomendarte. ¿Quieres, libre y espontáneamente,

aceptar el carguito?... Me dirás que no puedes aceptar ni rechazar lo que no conoces y que empiece por decirte lo que pretendo de ti. Tienes razón, y voy á explicarte lo que pido de tu patriotismo y de tu bien probada lealtad. Has de saber, aunque demasiado lo sabes porque en más de una ocasión has intervenido en ello, que acostumbramos mandar de esta Administración general propios y extraordinarios que conduzcan cartas y escritos que se tiene interés especial en que lleguen á su destino lo más pronto posible... Como también te consta, nos valemos para esos envíos nada menos que del famoso Santa Rosa, el mejor charro de estos contornos, que sabe de veredas extraviadas, de aguajes y de sendas practicables para las bestias más de lo que sabe nadie en el mundo: así como son para nosotros ocultos los caminos divinos, así los del desierto son averiguados y ciertos para Santa Rosa... Ahora, se trata de llevar unos pliegos á México y no hay con quien remitirlos, ya que la enfermedad del malvado este nos imposibilita y que no tenemos manera de comunicarnos con la capital en los tiempos que corren. ¿Te encargarías tú de conducir esas piezas, que necesitamos lleguen con la mayor violencia á su destino?

— Señor, respondió Brambila con los ojos llenos de resplandores de alegría, no sólo acepto, sino que acepto agradecido. ¿Qué mayor honra para mí que el que se me haga portador de papeles que quizás sean de absoluta

confianza? Acepto, claro está, y le ruego que lo más pronto posible me despache, que ya sabe que estoy siempre á sus órdenes.

Más tardó en decirlo Brambila que en ordenar don Guillermo que pasara un práctico encargado de poner en autos al nuevo correo de gabinete acerca de muchísimas cosas que era necesario prever ó evitar: había que tomar esta senda, que vadear tal río, que hacer tal ó cual travesía, que evitar este rancho, que conocer á los dueños de tal sitio, que ir aquí al trote largo, que caminar allá á carrera abierta, que pasar con grandes precauciones tal lugar en que solían apostarse los indios para pegar. Y en aquella clase pasó el buen Brambila casi toda la mañana hasta que dieron las once y fué á su casa á despedirse de su mujer, que no tuvo más palabra que «te vas á ver á la maldita María».

— ¡Por Dios, mujer, qué mal pensada eres! Cuando llevo una misión de confianza que te había de enorgullecerte, porque estas cosas sólo se encomiendan á gentes cuya lealtad consta de una manera indudable, tú te pones á fantasear sobre tus ridículos celos...

Sosegóse Cristina, y al mediar la tarde, luego que hubo dormido un rato de siesta, Pepe se dirigió á la habitación de Guillermo, que se encontraba casi á oscuras. Allí le desnudaron de pies á cabeza y le empezaron á fajar como si hubiera sido una momia egipcia. Le ponían

las vendas más apretadas en las extremidades, se las aflojaban en el pecho, le daban fricciones en los pies y en las manos antes de trincarle con aquella indumentaria especial, que el muchacho aceptaba entre risas.

A la oración de la noche, cuando apenas empezaba á obscurecer, Pepe salió del despacho del administrador montado en un ruín caballo que en su concepto no iba á alcanzarle ni siquiera para llegar á la garita. Pero apenas salió á las orillas de la ciudad le picó á la bestia, que emprendió un trotecito largo que le dió muy buena esperanza al jinete. A poco, la bestiecilla, que por señas era peluda, vejancona y parecida más que á un caballo de carrera á un menguado cuartago de coche de punto, emprendió el galope más sabroso y espontáneo que el novel correo hubiera sentido en su vida; se paró un poco al llegar á un montículo que parecía cerrar el horizonte, y siguió á carrera abierta al husmear la llanura libre y grande.

Y allá iban Brambila y su caballo como si el escribientillo hubiera sido un Cid que sintiera que se ensanchaba Castilla al paso de la bestia que montaba. Y lo curioso era que no sentía cansancio ni deseo de bajarse un rato para comer lo que contenían las árguenas que llevaba á la grupa, sino que la carrera le causaba vértigos, le producía una anestesia tan grata que no parecía sino que el mismo menguado empleadillo que se

cansaba al recorrer distancias mínimas, había adquirido ya el hábito de trotar como el más consumado caballista.

La aurora le sorprendió cuando divisaba las tapias de un ranchejo miserable, que á la luz de la mañana simulaban un enorme lagarto que durmiera panza arriba en un estero quieto y sin oleaje, que no parecía otra cosa la superficie de aquella tierra triste y destituida de vegetación. Allí le aguardaban dos mozos que de seguro tenían santo y seña de la llegada de Brambila, puesto que salieron á recibirle y se pusieron á sus órdenes para darle agua, lumbre y pasturas para la bestia, únicas cosas que podía conseguirse en aquella soledad. Los rancheros eran un par de viejos que parecían fritos en sebo de riñonada, tan sucios y llenos de pellejos estaban. La vieja, que á cuenta era más joven que su compañero, resultaba todavía más apática y más indolente que él mismo, y producía el efecto de una figura de madera envuelta en una hoja de tabaco maduro; uno y otro fumaban sendos cigarros de hoja de maíz y echaban humo por boca y narices con una resignación tan grande y con una tan altanera inmovilidad, que se sentía vergüenza de afanarse por la vida, de pensar en avances y prosperidades, cuando se veía á aquellos fakires que decían con su actitud y su descuido el fúnebre «de morir tenemos» que rezaban los monjes trapenses.

— Ayer pasó un señor, dijo la vieja mirando á Brambila con sus ojillos que parecían cubiertos con una telaraña espesa y caliginosa. Dice que va á México... Quen sabe... A saber...

— Un señor, interrumpió el compañero fumando por dos ó tres veces su tagarnina. Sí, dijo que iba á México, que traiba papeles. Es ñor Sixto, el que lleva cosas pal obispao; insortos, ¿no, don? pa los que queren casarse, pa los que queren tomar mano... Ora ezque va muy lejitos, ezque hace sus ocho días con sus noches caminando á toda chilla.

Preguntó Pepe el nombre del que se le anticipaba en su encargo y no pudo averiguar nada.

— No sé cómo se apelativa, era la respuesta del viejo. Yo por don Sixto le conozco y nada más sé.

— ¿Y qué dirección llevaba? preguntó Brambila.

— Por ay se jué nomás... A saber á onde resultó. Y iba á la carrerita; ya debe de ir retiradito... — Y luego de ver las gordas que se cocían en el comal, el viejo empezó á contar historias de comanches. Si les conocía, claro que les conocía... Cómo no, de chiquito, cuando todavía era así, los bárbaros habían pegado en el rancho de su padre y habían acabado con todo... — No me lo ha de creer, amo, pero no dejaron ni la cruz del jacal; todito lo quemaron y se lo llevaron... A mí me jallaron á los dos días tendido en el hielo, porque con perdón de usted caía una

helada prieta que daba miedo... Después de Dios, al padrecito del señor don Luis Terrazas le debo la vida, porque su mercé me levantó cuando los indios acababan de escampar... Ora hace ya tres meses que no caen aquí los gandules, pero cuando llegan, ni le cuente; es cosa de echarse á temblar... Cuando usted quiera, amo, nomás me dice, que el caballito ya está listo... Ora le tengo una bestia pa labar á Dios... ¡Verá qué cuaco! parece que tiene entendimiento; como si fuera cristiano... Él le lleva, y cuente que no necesita de más guía ni de gente que le ayude; yo sé lo que le digo...

Y entrando al corral trajo un caballo de gran alzada, rosillo, cabos negros, con ojos inteligentes, pero con el mismo aspecto de agobiado, de triste, de cansado que tenía el que iba á dejar...

— Con Dios, amo, que le vaya bien á su mercé... A la vuelta aquí le aguardo; ya tengo orden del amo don Luis pa tenerle listo todo lo que haiga menester...

Y montando en la bestia, Brambila se alejó en medio de un solecillo que no le pedía favor ninguno al que acababa de experimentar en su paso por el desierto de Monterrey á Chihuahua.

Se detenía breves instantes, apenas comía un bocado y de nuevo montaba en el animal. En cada lugar de ses-teo ó de descanso recibía las órdenes que tuvieran que darle y continuaba el camino siempre á escape, siempre